EL PRÓLOGO LITERARIO EN EL SIGLO XX Y LA RETÓRICA CLÁSICA: DE LAS *PARTES ORATIONIS A LOS TÓPICOS MÁS COMUNES*

Eva Álvarez Ramos
(Universidad de Valladolid)

Resumen

En el siguiente artículo intentamos acercarnos al prólogo desde su construcción textual relacionándolo con los principios textuales de la retórica clásica; para dejar en evidencia las similitudes y las diferencias que existen entre ellos. Se intenta además asentar los principios teóricos que caracterizan a este paratexto como principio de una investigación mayor, la defensa del prólogo como un género literario independiente y digno de estudio.

Palabras claves: Retórica - análisis textual - prólogo literario - ensayo - partes orationis.

Abstract

In the following article we try to approach the prologue from its textual construction putting it in connection with the textual principles of the classical rhetoric; to make evident the similitudes and the differences between them. Also, it´s tried to establish the thoeric principles that characterize this para-text as the beginning of a main research, the defence of the prologue as an independent literary genre and worthy of being studied.

Key words: Rhetoric - textual analysis - literary prlogue - essay - partes orationis.

ÁLVAREZ RAMOS, Eva, “El prólogo literario en el siglo XX y la retórica clásica: de las *partes orationis* a los tópicos más comunes”, en *Ogigia. Revista electrónica de estudios hispánicos*, n.º 1, enero 2007, pp. 61 a 73. (http://www.ogigia.es)

A continuación vamos a intentar estudiar las características del texto prologal[1] con el fin de poder establecer una serie de rasgos textuales comunes a todos los prólogos literarios y analizar la estrecha y directa relación que la construcción y el análisis de estos paratextos guardan con la retórica clásica

Del mismo modo que Francisco Rico Chico[2] emparenta el ensayo con los *genera dicendi*, vamos a relacionar aquí el prólogo con este *genera*, debido a diferentes razones; la primera y más aceptada es la relación que todo prólogo guarda con el género ensayístico como quedará patente en este artículo.

El grupo textual formado por los prólogos literarios sería una forma del llamado *genus demostrativum* que necesita un "principium orationis per quod animus auditoris constituir ad audiendum"[3].

Este tipo de discurso es el que tiene menos marcado el carácter dialéctico pues solamente habla un orador y no existe réplica discursiva de la parte que defiende lo contrario; sin embargo el orador en estos casos actúa implícitamente de modo dialéctico al tener en cuenta al construirlos cuáles pueden ser los puntos objetables de su planteamiento.

La base prologuística se asienta siguiendo estas ideas. El autor como un orador clásico expone con belleza qué hay de positivo en la lectura de su libro cuya equivalencia la hallaríamos en la causa defendida por el orador. La respuesta del receptor no es instantánea, el autor literario no encuentra tal réplica, será el lector el que posteriormente replicará con una lectura o no de la obra en cuestión, con una crítica positiva o negativa de la misma, o simplemente con la temida indiferencia.

El receptor no examina sólo la causa defendida, la temática de la obra que va a leer, sino que también examina la construcción textual de dicho prólogo, su belleza o falta de ella para comprobar si el productor cumple con las expectativas literarias que el receptor o lector está esperando.

---

[1] Hemos de señalar sin embargo, que esta catalogación textual que a continuación vamos a desarrollar, no es viable únicamente para todo tipo de prólogo; sólo puede ser aplicada a los prólogos cuya finalidad es claramente argumentativa; son aquellos prólogos que guardan una relación más estrecha con la retórica, base de cualquier análisis textual. Los prólogos ficcionales que denominaríamos unívocos o biunívocos poseen otra naturaleza y serán tratados en otra ocasión.

[2] CHICO RICO, Francisco, *Pragmática y construcción literaria. Discurso retórico y discurso narrativo*, Alicante, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alicante, 1987, p, 168.

[3] *Un principio por el que se logre una actitud favorable a lo que se dispone a oír*. MONTOYA MARTÍNEZ, Jesús y RIQUER, Isabel de, *EL prólogo literario en la Edad Media*, Madrid, Aula Abierta, 1998, p. 53.

Ante todo el prólogo es una exposición discursiva, con un marcado carácter argumentativo. Defiende la lectura del libro, aclara el porqué de su escritura y perdona de antemano - como buen elemento retórico- al productor por los errores o debilidades que haya podido cometer. Sabemos que toda argumentación no es sólo un camino viable lógico para la justificación razonable, sino que toda argumentación implica un grado de persuasión del receptor.

Todo prólogo, sea o no ficcional, intenta siempre demostrar y explicar la legitimidad de su acción literaria; aunque algunas veces el tono empleado raye lo humorístico o lo anecdótico y parezca ligero; el prólogo no renuncia a convencer a su lector de la necesidad y de lo positivo que la lectura de la obra a la que acompaña trae consigo. Para ello el autor buscará argumentos y artificios para acercar al lector a su terreno, para dirigirle, sin que se note, a la lectura de sus pensamientos.

Las pruebas que aporta todo prólogo se basan en la aportación de anécdotas personales, datos biográficos, reflexiones sobre el arte y la literatura, referencias a otros escritores…, pruebas completamente alejadas de lo que tradicionalmente se ha entendido como prueba teórica: "Muestran estas páginas un conjunto de semblanzas personales (...)"[4].

No es el prólogo un tratado teórico, ni un estudio científico de la obra a la que hace referencia. Distinguimos con nitidez un prólogo de un discurso o de un tratado.

El prólogo no es una clase de texto destinada a la teorización "el prólogo tolera la confidencia"[5]. Todos los prólogos explicativos no ficcionales están escritos desde la conciencia del hombre como ser hermenéutico e interpretante. El círculo hermenéutico se mantiene en todos los proemios. El productor es consciente de las nuevas lecturas y relecturas existentes en una misma obra, de ahí que muchos autores prologuen nuevamente obras antiguas que ya poseían su propio prólogo. Sirvan como ejemplo estas dos referencias: "Apareció en primera edición esta obra en el año 1905 (...) Salió por mi culpa, plagada, no ya sólo de erratas tipográficas, sino de errores y descuidos del original manuscrito, todo lo que he procurado corregir en esta segunda edición"[6]. O "En esta nueva edición de *Contra viento y marea* he añadido numerosos textos que andaban

---

[4] ALEIXANDRE, Vicente, *Los encuentros*, Barcelona, Labor, 1977, p. 7.

[5] BORGES, Jorge Luis, *Obras Completas*, Vol. IV, Barcelona, Círculo de Lectores, 1992, p. 15.

[6] UNAMUNO, Miguel de, *Vida de Don Quijote y Sancho*, edición de Alberto Navarro, Madrid, Cátedra, 1988, p. 133.

enterrados en publicaciones periódicas (...) He mejorado la puntuación en algunos y suprimido unos cuantos adjetivos ineptos”[7].

De ahí que como pruebas argumentativas el prólogo huya de la teorización y se apoye en la intertextualidad y en las referencias constantes a otros autores o a otras obras literarias del propio autor, junto con lo anecdótico y lo subjetivo que anteriormente mencionamos.

Una vez admitido el carácter argumentativo de los prólogos evitando su aspecto teórico, vamos a ver ahora las peculiaridades de su construcción textual[8].

La gran mayoría de los prólogos estudiados no cuentan con un Exordio[9] en sí, de ahí deducimos que la aparición de esta *parte orationis* es opcional en la construcción de este tipo de textos. Sí hemos encontrado algunos prólogos que cumplen perfectamente el desarrollo jerárquico de ordenación de la retórica clásica. Pero subrayamos una vez más, que son los menos los prólogos que cuentan con un exordio, que los prólogos que no lo poseen. De ahí que podamos afirmar que el *Exordium* no es de obligado uso en los prólogos. Su empleo depende de los gustos y las preferencias de su autor, siempre impera un cariz personal en esta elección.

Hemos de aclarar, sin embargo, que esta ausencia de *Exordium* se debe a la consideración clásica del Exordio como tal; ese exordio que buscaba implícitamente ganarse la benevolencia del autor o evitar su *taedium*. Esta concepción retórica clásica está ausente, en todos los prólogos estudiados. Aunque hemos de apuntar que dicho Exordio como parte inicial del discurso y como elemento que presenta lo que a continuación va a desarrollarse, sí se encuentra en los prólogos del siglo XX.

---

[7] VARGAS LLOSA, Mario, *Contra viento y marea*, Barcelona, Seix Barral, 1986, p. 7.

[8] Como bien señala Arenas Cruz, muchos son los investigadores que se han acercado al análisis textual para averiguar qué rasgos comunes comparten diferentes textos pertenecientes a la misma clase. Entre muchos autores Arenas Cruz selecciona el trabajo desarrollado por Todorov, Morris, Schaeffer o García Berrio, el lector puede consultar si lo estima necesario, la obra de ARENAS CRUZ, Elena, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, Castilla la Mancha, Universidad de Castilla la Mancha, 1997, p. 155; Vid. también, TODOROV, Tzvetan, "EL origen de los géneros" en GARRIDO GALLARDO, Miguel Ángel (Coord.), *Teoría de los géneros literarios*, Madrid, Arco, 1988, p. 37.

[9] Mediante esta *parte orationis* el autor ha de conseguir tras la presentación de la causa que el receptor, ya desde primeras de cambio, le sea favorable. Dos son los tipos de exordio, el *proemium*; cuando nos encontramos con temas que pueden ser argumentados fácilmente, de ahí que lo primordial para el orador sea el mantener la atención, más que intentar convencer de la viabilidad de su causa; y la *insinuatio* destinada a temas de difícil argumentación. Debido al carácter de presentación del Prólogo, éstos se enmarcan dentro del primer tipo, pues como veremos más adelante la persuasión no es necesaria en su significado clásico retórico.

Veamos pues, cuales son los tópicos más recurrentes dentro del exordio en los prólogos de este siglo. Dentro del grupo de prólogos estudiados damos constancia de seis grupos claramente diferenciados y de uso reincidente.

1. Los exordios que presentan el título. Como es este primer caso de Unamuno, "¡Tres novelas ejemplares y un prólogo! Lo mismo pude haber puesto en la portada de este libro Cuatro novelas ejemplares. ¿Cuatro? ¿Por qué? Porque este prólogo es también una novela. Una novela, entendámoslo, y no una nívola"[10].

O este otro de Ramón Gómez de la Serna, "Muchos Caprichos y Fantasmagorías he publicado a través de mi larga vida literaria"[11].

2. Los Exordios que aclaran qué es la obra que va a leer el lector.

"Hay quien cree, y pudiera ser con fundamento, que esta obra es una lamentable, lamentabilísima equivocación de su autor"[12].

No sólo emplean el Exordio para aclarar qué tipo de obra es la que el lector sostiene entre sus manos, muchos de estos exordios conjuntamente con el prólogo íntegro son verdaderas recopilaciones de teoría literaria. Veamos dos ejemplos, el primero pertenece a Miguel Ángel Asturias y el segundo es de Francisco Umbral:

> En general, los que últimamente se han ocupado de lo relacionado con el mito y la literatura actual, convienen en que la novela ha tomado, en las sociedades modernas, el lugar que ocupaba la recitación de los mitos en las sociedades primitivas. En este sentido y apartándonos de todo juicio literario, no es aventurado decir que *El Señor Presidente* debe ser considerado en las que podrían llamarse narraciones mitológicas[13].

> Para mí el cuento es a la literatura lo que el vacío a la escultura o el silencio a la música. El cuento modernamente entendido, es lo que no se cuenta, es como esa máquina de fotografiar ausencias mediante la cual los americanos - supongo que son americanos- pueden obtener una imagen de un automóvil en un aparcamiento media hora después de que el automóvil haya desaparecido[14].

3. Los Exordios que aclaran por qué se escribe la obra[15].

---

[10] UNAMUNO, Miguel de, *Tres novelas ejemplares y un prólogo*, Madrid, Alianza Editorial, 1987, p. 9.

[11] GÓMEZ DE LA SERNA, Ramón, *Caprichos*, Madrid, Austral, 1962, p. 11.

[12] UNAMUNO, Miguel de, *Amor y pedagogía*, Edición de Ana Caballé, Madrid, Espasa Calpe, 1992, p. 46.

[13] ASTURIAS, Miguel Ángel, *El Señor Presidente*, edición de Selena Millares, Madrid, Anaya, 1995, p. 9.

[14] UMBRAL, Francisco, *Teoría de Lola*, Barcelona, Destino, 1995, p. 7.

[15] Vid. También CABRERA INFANTE, *Ella cantaba boleros*, Madrid, Alfaguara, 1996, p. 7; y AUB, Max, *La gallina ciega*, Barcelona, Alba editorial, 1995.

> Hay puntos del planeta que contienen mucha energía condensada. Hay ritos, costumbres o acontecimientos que hunden sus raíces en el cerebro de los monos. Hay objetos y utensilios cargados de un misterioso poder que los hace sagrados y temibles. Cualquiera de estas cosas, personas y lugares libera un aura en forma de espectros. Se trata de revelarlos[16].

> No hubiera escrito esta novela sin Euclides da Cunha, cuyo libro Os Sertoes me reveló en 1972 la guerra de Canudos, un personaje trágico y uno de los mayores narradores latinoamericanos[17].

4. Los Exordios que aclaran todo lo relativo a las ediciones.

Estos son los prólogos explicativos no ficcionales más empleados y que más vamos a ver en toda la literatura prologal del siglo XX. La mayoría de ellos carecen de cualquier valor literario pues se reducen a explicar cuándo se publicó la segunda edición y cuándo se producen las publicaciones posteriores; momento que aprovecha el autor para corregir, ampliar o reducir la obra concebida inicialmente. A modo de ejemplo, citamos a Mario Vargas Llosa: “En esta nueva edición de *Contra viento y marea* he añadido numerosos textos, que andaban enterrados en publicaciones periódicas (...)”[18]

Mayor interés, sin embargo, revisten aquellos prólogos que hacen referencia a la primera edición y hablan del proceso de la escritura en sí. Muchas veces de cómo se fue gestando la idea hasta llegar a su forma final.

> Esta novela, para la que vengo tomando notas desde 1975, ha tenido un proceso de elaboración lleno de peripecias. La empecé a escribir "en serio" en 1979, por primavera, y trabajé en ella con asiduidad hasta finales de 1984, sobre todo en otoño de ese año, durante una estancia larga en Chicago[19].

El autor ya no se conforma con justificar o aclarar el cómo y el porqué de su obra, sino que se ve obligado en muchos casos, como estamos viendo, a aclarar hasta el último detalle, fechas, lugares, estados de ánimo[20]...

---

[16] VICENT, Manuel, *Espectros*, Madrid, El País ediciones, 2000, p. 7.

[17] VARGAS LLOSA, Mario, *La guerra del fin del mundo*, Madrid, Alfaguara, 1997, p. 9.

[18] VARGAS LLOSA, Mario, *Contra viento y marea*, ed. cit., 1986, p. 7.

[19] MARTÍN GAITE, Carmen, *La reina de las nieves*, Barcelona, Anagrama, 1994, p. 11.

[20] Vid. BLASCO IBÁÑEZ, Vicente, *Flor de Mayo*, edición de José Mars y María Teresa Mateu, Madrid, Cátedra, 1999; vid. también, GOYTISOLO, Luis, *Disidencias*, Madrid, Taurus, 1978; ALEIXANDRE, Vicente, *Los encuentros*, edición citada. Nombro estas tres obras a modo de referencia bibliográfica pero aclaro una vez más que hay otras muchas obras que ejemplifican este punto común en los Exordios prologales del siglo XX.

Cabría preguntarse el porqué de esta incidencia continua de los autores en especificar y aclarar con todo detalle los entresijos de la creación literaria: el prólogo al igual que el ensayo, y ambos como géneros argumentativos huyen de la demostración intelectual o científica. El prólogo tolera la confidencia y la anécdota.

5. Los Exordios que son o que cuentan con una cita literaria.

Este recurso literario no debe entenderse bajo la luz de la retórica clásica, en la que el autor culto introducía este tipo de referencias para dejar sentado el gran nivel cultural que él mismo poseía y para dar un mayor valor científico a la obra.

Este no es el caso del prólogo, que como ya hemos reseñado, no necesita de argumentaciones científicas para justificar sus premisas pues, dichas argumentaciones se basan principalmente, en opiniones personales, anécdotas o pensamientos, al igual que el ensayo.

Tomemos la aparición de este recurso literario como una disculpa para iniciar un prólogo o para desarrollar una idea.

La aparición de este tipo de Exordio no es muy utilizada durante el siglo XX. Sí hemos de objetar que existen autores que se adscriben a esta fórmula de manera reincidente, tal es el caso de Francisco Umbral. El empleo de dichas citas no es nunca gratuito, ni ornamental sino que sirve para justificar un pensamiento desarrollado después:

> Hablaba el maestro Eugenio D 'Ors de "pensar según figuras". Uno ha pensado siempre en según figuras, plásticamente, y por eso, el tiempo, la historia, el pasado y el presente, se me cuajan en personajes, en imágenes: los cuerpos gloriosos[21].

> Me he referido más de una vez a un ensayo de Marthe Robert, *Novela de los orígenes y orígenes de la novela*, donde se explica muy bien la relación entre infancia y novela, que es una relación esencial, ya que todo novelista lírico, intimista o hijo pródigo vuelve siempre a sus vivencias infantiles (...)[22]

6. Los Exordios que parten de una anécdota personal.

Tampoco han de ser confundidos estos Exordios con los que reflejan el porqué, el cómo y el dónde se llevo a cabo el desarrollo de dicha obra a la que acompañan. Las diferencias son claras. Contando estos con un mayor detallismo y un marcado carácter más personal y subjetivo.

---

[21] Podríamos haber introducido a este prólogo dentro del grupo destinado a la explicación del título; no hemos querido hacerlo porque aunque la finalidad sea la misma la forma de conseguirlo es harto distinta. UMBRAL, Francisco, *Los cuerpos gloriosos*, Barcelona, Planeta, 1996, p. 5.

[22] UMBRAL, Francisco, *Los males sagrados*, Barcelona, Destino, 1976, p. 9.

Si antes relacionábamos a Umbral con los Exordios de citas literarias, a este grupo hemos de ponerle un nombre y un apellido Miguel de Unamuno. Sirvan como ejemplo: "Cuando escribo estas líneas, a fines de Mayo de 1927, cerca de Hendaya, en la frontera misma, en mi nativo País Vasco, a la vista tantálica de Fuenterrabía (...)"[23] o, "Tenía un hermano casi de mi edad, que era el que yo más quería, aunque a todos tenía gran amor y ellos a mí; (...)"[24].

Es bastante curioso y representativo, que sea precisamente este tipo de Exordio el que empleen todos y cada uno de los prólogos explicativos ficcionales que giran en torno a la historia real contada al autor; otro de los grandes tópicos empleados a lo largo de la historia literaria y que cuenta con una gran tradición. Es algo obvio y evidente que la verosimilitud de tal hecho va ser más real cuanto más cercanamente nos sea relatada la fábula de cómo el autor ficticio se encontró con el autor real de los hechos.

Demos ahora cuenta de los Exordios más comunes en los prólogos ficcionales explicativos. Remarcar una vez más que la finalidad de ambos grupos inscritos en el ámbito explicativo, sean ficcionales o no, es la misma: demostrar, explicar, argumentar y claro está persuadir[25].

Uno es el principal tópico empleado en los prólogos explicativos ficcionales: El tópico del manuscrito encontrado.

Este tipo de tópicos no son propios del siglo XX sino que cuentan con una larga tradición literaria que encuentra su manifestación escrita ya durante la Edad Media. El empleo de estos tópicos además de contribuir a la argumentación sirve para crear una mayor verosimilitud en lo que el autor va a leer, aproxima la historia ficticia de la obra literaria a la situación del lector como hombre real que experimenta y vive.

La persuasión también juega un papel importante en el empleo de estos tópicos del *Exordium*, parece que el lector se siente más dispuesto a leer algo de quien desconoce su autoría, a leer algo que ha sido encontrado. Pero veamos algunos ejemplos.

---

[23] UNAMUNO, Miguel, *Como se hace una novela*, Madrid, Alianza, 2000, p. 59.

[24] UNAMUNO, Miguel, *La tía Tula*, edición de Carlos A. Longhurst, Madrid, Cátedra, 1999, p. 65.

[25] Damos por sentado que el lector que se enfrenta a un prólogo ya se ha decidido a priori a leer la obra a la que acompaña. La finalidad de la lectura, pues, está ganada de antemano, lo único que conseguirá dicho prólogo será modificar la disposición del lector. Contribuir a su análisis hermenéutico de lo que a continuación le va a ser presentado, conseguirá a su vez abrir su horizonte de expectativas y crear o modificar los prejuicios con los que el receptor, como ser interpretante y hermenéutico, contaba antes de acercarse a dicha obra literaria. De ahí que el carácter persuasivo no sea tan grave como el utilizado en la retórica clásica, por su falta de necesidad.

> Ignoramos quien fue el autor de los textos que aquí se recogen. El original *Officium Veneris* es un conjunto de 38 hojas impresas por las dos caras y grapadas, que un amigo nuestro encontró casualmente en la trastienda de un librero viejo[26].

> Me es realmente difícil comenzar esta ¿Novela? (...) En segundo lugar porque no se trata de una obra que haya gestado yo. Su autor es Germán Buenaventura, un escribidior pésimo e infame que apenas tuve la suerte de conocer. (...)Germán Buenaventura me hizo llegar esta novela. En una nota me explicaba su elección: "No hay en el mundo persona más apropiada para difundir este testamento literario"(...)[27]

Aunque estos prólogos sean ficcionales su finalidad es la misma que la de los no ficcionales; explicativa, a pesar de que el matiz que emplean sea completamente diferente.

Resumiendo, los prólogos del siglo XX cuentan con un Exordio alejado de la concepción clásica del mismo. Las referencias al lector para llamar su atención o captar su benevolencia no aparecen como tal en los mismos. Esta búsqueda de la benevolencia del receptor tan importante en la retórica clásica, pasa, ahora, a un segundo plano en el género argumentativo, sobre todo en el prólogo; lo más frecuente es que no aparezca en los prólogos actuales ninguno de los tópicos recogidos por la retórica clásica para conseguir que el lector tenga una actitud positiva ante el texto.

Dichos tópicos sí aparecerán después en el corpus del prólogo, pero nunca formando parte del *Exordium*. Veremos después que el tópico más empleado y al que el autor recurre con una mayor frecuencia es el de la falsa modestia.

Sí hemos de señalar, en cambio, la aparición en todos, del elemento subjetivo que acompaña a la argumentación de todo prólogo. La mayoría de los prólogos estudiados, por no decir todos, justifican y remarcan este marcado carácter individual con la aparición del *yo* del autor como persona que cuenta, que dice o que aclara. Se sobrentiende que todo prólogo va destinado a un lector. Recordemos que toda obra es destinada o pensada para un lector implícito o modelo.

La concepción del exordio ha cambiado pues, por dos motivos fundamentales: el autor accede libremente a la lectura de la obra y de su prólogo; y por el hecho de que el prólogo como género argumentativo no exige una respuesta inmediata en el receptor.

Si que se mantiene, sin embargo, la función del exordio como parte anunciadora del tema que va a ser desarrollado después. El *exordium* es, pues, concebido como el prólogo del prólogo.

---

[26] ANÓNIMO, Officium Veneris, Gijón, Libros del pexe, 1998, p. 7.

[27] BUENAVENTURA, Germán, *La novela de un novelista malaleche*, Madrid, DVD, 2000, p. 9.

La *narratio* es la segunda de las *partes orationis* en el eje de representación horizontal del esquema retórico. Con esta *parte orationis* el rétor expone los hechos que constituyen la causa, para que el lector tenga de antemano un conocimiento previo de los mismos que serán desarrollados más tarde en la *argumentatio*[28].

> Hay dos partes en el discurso, pues es preciso exponer el asunto de que se trata y hacer después la demostración. Por eso es imposible decir sin demostrar o demostrar si haber expuesto previamente, porque el que demuestra, demuestra algo, y el que enuncia algo lo enuncia para demostrarlo. De estas dos partes la una es la exposición y la otra la argumentación, como también se podía hacer la división diciendo que lo uno es la cuestión y lo otro la demostración[29].

Hemos ya señalado en algún momento, que si la argumentación en el prólogo carecía de cualquier presupuesto científico, lo mismo sucede con la narración, el prólogo moderno trata sobre personas, acontecimientos y sucesos, pero su presentación no es imparcial y apartada de ellos sino que, frecuentemente, por no decir siempre, la narración de los hechos aparece mezclada con los comentarios personales del autor, este es pues otro elemento semántico: "éste no se limita a presentar con objetividad unos hechos (verdaderos o verosímiles) y a las personas que los protagonizan, sino que en todo momento valora desde su punto de vista subjetivo"[30].

El escritor emplea la narración en el prólogo para comunicar o transmitir al lector un determinado estado de las cosas frente a las cuales va a esgrimir una orientación contraria. Antes de entrar a desarrollar su propia ideología quiere hacer partícipe al lector de cuál es el estado actual de los asuntos. Es pues una *parte orationis* cuyo fin principal es el informativo. Por este motivo la narración ha de ser clara porque, si lo que se pretende es que el autor comprenda el estado de las cosas no podemos oscurecerlas mediante procedimientos retóricos complicados o mediante un orden no lógico. Este planteamiento de la argumentación no afecta directamente al prólogo, ya que uno de los fines de este paratexto es la información de ahí que todo prólogo cuente con una expresión y una estructura clara, breve y creíble.

Si venimos considerando al prólogo como un grupo de texto perteneciente al género argumentativo, nos encontramos ahora ante la *parte orationis* más importante de las hasta

---

[28] Cfr. ALBALADEJO MAYORDOMO, Tomás, *Retórica*, Madrid, Síntesis, 1989, p. 86.

[29] ARISTÓTELES, *Retórica*, Madrid, Gredos, 1994, 1414 a 32-37.

[30] ARENAS CRUZ, Elena, *Hacia una teoría general del ensayo. Construcción del texto ensayístico*, ed. cit., p. 223.

ahora citadas: la *argumentatio*; ya que es esta parte donde van a ser presentadas las pruebas que van a servir para razonar la postura defendida en el texto y para refutar todo tipo de argumento que esté en contra de lo que el autor quiere demostrar, a ella están supeditadas las demás categorías supraestructurales y de ella depende, en gran medida la persuasión del receptor.

Es una parte principalmente dialéctica y está constituida a su vez por otras dos partes: *probatio* y *refutatio*. La primera de estas partes hace referencia a las pruebas propias presentadas y que le son favorables al escritor y la segunda consiste, precisamente en lo contrario, en destruir las pruebas contrarias y desfavorables.

Las pruebas o elementos que aparecen en los prólogos, "no son especialmente sólidos o irresistibles a la crítica, sino que normalmente están marcados por la subjetividad el autor y sus asociaciones imaginarias; no obstante, ello no quiere decir que olviden los principios racionales"[31].

Lo mismo sucede con las conclusiones finales a las que se llega después de dicha argumentación. El prólogo no termina la argumentación con una conclusión concreta y precisa que suponga un resumen o recapitulación de todo lo hasta ahora argumentado.

La última de las *partes orationis*, la *peroratio*, cuya finalidad principal es la de recordar al receptor todo lo hasta ahora dicho insistiendo en la propia argumentación y con el fin de intentar influir afectivamente y lograr su beneplácito y su adhesión. Es esta, la última oportunidad con la que cuenta el autor para conseguir sus objetivos, resumirá, pues, no sólo los contenidos temáticos sino que aprovechará una vez más para influir directamente sobre el receptor.

> Seguía la peroración, a la que algunos llaman coronamiento y otros conclusión. De ésta es propia una doble razón, puesta en los asuntos y los afectos. La repetición y la reunión de las cosas (...) llamada por algunos de los latinos enumeración, no sólo rehace la memoria del juez y pone ante los ojos toda la causa al mismo tiempo, sino también, en el caso de que hubiera movido menos por medio de cada cosa, prevalece el conjunto. (...) En verdad, con el inicio se busca la inclinación de los jueces más parcamente, pues es suficiente ser aceptado y queda todo el discurso: pero en el epílogo está qué pasión lleve el juez en cuanto a la decisión, y ya nada iremos a decir ampliamente y no queda nada con lo que reservemos. Por tanto es común a ambos [exordio y peroración] atraer para sí al juez y sustraerlo del adversario, concitar y componer los afectos[32].

---

[31] Ibídem, p. 237.

[32] QUINTILIANO, Marco Fabio, *Institutio Oratoria*, traducción de I. Rodríguez y P. Sandier, Madrid, Hernando, 1987, 2 vols., 6, 1, pp. 1-11.

El elemento de la retórica clásica con el que cuentan todos los prólogos es el afectivo, al final de este tipo de textos encontramos referencias directas al lector, bien para conmoverlo o bien para persuadirlo. Y muchos de los textos prologales mantienen la tradición clásica retórica y hacen una recapitulación final de todos los puntos desarrollados anteriormente.

> Me has venido lector acompañando en este mutuo diálogo; me has estado inspirando, soplando, sin tú saberlo; me has estado haciendo mientras yo lo estaba haciendo y te estaba haciendo a ti como lector. Gracias pues, gracias de corazón por ello. Y como es tu obra, se te ofrece tuyo.[33]

La finalidad buscada en todo prólogo obliga a que la lengua utilizada esté caracterizada por el empleo de un lenguaje que ponemos denominar natural o estándar. De aquí deducimos que los lenguajes y las estructuras de ordenación científicas no tienen cabida dentro de este grupo genérico. Del mismo modo es bastante obvio que el empleo de tropos o figuras retóricas no está restringido en los prólogos, pero la mayoría de estos recursos estilísticos empleados tendrán un claro matiz connotativo.

Hay una clara obligación de conveniencia a la hora de emplear este lenguaje corriente, claro, de andar por casa, y es la necesidad de llegar al lector, de ser leído. Todo autor posee el gran deseo de que su libro sea leído por el mayor número de personas y a esto puede contribuir un buen prólogo, sencillo y entendible. El prólogo tiene una clara intención comunicativa.

Así pues y resumiendo, el lenguaje empleado en el prólogo es un lenguaje destinado a todo el mundo, a todo lector posible. Sencillo, claro, poco ornamentado y estándar.

No debemos olvidar sin embargo, que todo lenguaje prologal, aunque sencillo y claro, ha de cumplir dos funciones vitales: una primera función estética, y una segunda función persuasiva. No hemos de omitir, tampoco, que aunque relajado en las formas como la mayoría de los textos pertenecientes a los géneros argumentativos, el prólogo parte de una argumentación: la lectura del libro y sus circunstancias.

Por este motivo, dentro de los prólogos encontraremos algunos de los tópicos clásicos. Parecería normal, por ser un género argumentativo, que los prólogos estuvieran plagados de figuras destinadas a la persuasión. Pero tras estudiar cierto número de prólogos, de todas las épocas, hemos podido constatar que este papel retórico se ha ido relajando con el paso del tiempo. En los prólogos actuales sólo hemos encontrado un

---

[33] UNAMUNO, Miguel de, *Amor y Pedagogía*, ed. cit., p. 57.

tópico común en todos los textos: la humildad retórica: “Tratado desde la visión de los humanos límites del poeta”[34] o “Que practico mas mal que bien el oficio de la literatura”[35]. Son dos meros ejemplos que pueden constarse en otros cientos más.

El empleo de los tópicos retóricos está, podríamos decir en cierto modo en desuso, pero aclaremos por última vez que la argumentación de todo prólogo es más subjetiva y connotativa que teórica o científica.

Ha quedado demostrado, o al menos se ha intentando, que el papel persuasivo de la Retórica Clásica ha sido relegado a un segundo plano dentro de los textos prologales. El autor prologal argumenta -empleando siempre la primera persona- basándose en la experiencia personal, que puede ser tan cierta y a la vez tan errónea como la propia experiencia personal del lector. Pero es precisamente esa cercanía la que convence más al lector. La que le persuade. Cercanía no sólo temática, anecdótica, subjetiva; sino proximidad, también, lingüística.

Reiteramos una vez más, rayando ya la pesadez argumental, que si algo tienen en común los prólogos –además de los otros aspectos ya señalados- es su marcado lenguaje sencillo, estándar, que les hace semejantes al ensayo. El lenguaje empleado contribuye a ese carácter de vecindad.

Dicha cercanía con el lector queda plasmada, a su vez, en el tipo de argumentación que todo prólogo esgrime. No es una argumentación científica ni teórica, como la defendida por la retórica, sino que al igual que algunos de los textos pertenecientes al género argumentativo; su argumentación se basa en elementos cercanos al lector y al autor, en experiencias de la vida cotidiana, en presupuestos más que lógicos y eruditos, sentimentales y subjetivos.

Así pues, hemos intentado demostrar que hasta ahora el texto prologal posee las mismas bases teóricas que asentaba la retórica clásica; aunque señalando, una vez más que la base no es científica sino subjetiva y basada principalmente en la experiencia no en la teoría.

---

[34] ALEIXANDRE, Vicente, *Los encuentros*, ed. cit., p. 8

[35] CABALLERO BONALD, José Manuel, *Copias al natural*, Madrid, Alfaguara, 1999, p. 13.